

A black and white photograph of a woman looking out of a window in a stone building. The woman is positioned in the center-right of the window, looking downwards. The window is framed by ornate, dark metalwork. The building's facade is made of rough-hewn stone. The overall mood is contemplative and historical.

ANNE PERRY

UNA PROMESA
NAVIDEÑA

Para el superintendente Runcorn, compañero y amigo del inspector Monk, la navidad tiene un aire especialmente gris. Pero este año decide desconectar de su vida londinense y pasar las Navidades en un pequeño pueblo de Gales. Su descanso se verá interrumpido por un hallazgo fatal: el cuerpo apuñalado de Olivia, hija del reverendo de la localidad. Inmediatamente Runcorn se pondrá a disposición del agente encargado del caso, cuyas complejas claves irán desentrañando poco a poco.

A quienes persiguen sueños imposibles.

UNA PROMESA NAVIDEÑA

De modo que aquello era la isla de Anglesey. Runcorn se detuvo en el cabo escarpado, contempló las montañas de Snowdonia en el Gales continental, al otro lado de las aguas del estrecho de Menai, y se preguntó cómo se le había ocurrido ir allí, solo, en diciembre. El aire era frío y cortante, cargado de la sal del mar. Runcorn era londinense, estaba acostumbrado al traqueteo de los carros de caballos sobre el adoquinado, al resplandor de las farolas de gas al anochecer. Cada día lo envolvían las voces cantarinas de los verduleros ambulantes, los gritos de los vendedores de periódicos y los conductores de toda clase de vehículos, desde cupés hasta carros, y en el aire flotaba un olor a humo y estiércol.

Aquella isla remota debía de ser el lugar más solitario de Gran Bretaña, todo colinas desnudas y agua dura y brillante, y un profundo silencio que sólo rompía el gemido del viento en la hierba. El esqueleto negro del puente de Menai poseía cierta armonía, pero la suya era una elegancia fría, no como la de los arcos de perfil bajo que cruzaban el Támesis. A sus espaldas, las pocas luces que parpadeaban en el pueblo de Beaumaris indicaban algo muy distinto de la vasta ciudad a la que estaba habituado, rebotante de las pasiones, los pesares y los sueños de millones de almas.

Por descontado, la razón que lo había llevado hasta allí era muy simple. Runcorn no tenía otro lugar concreto donde pasar la Navidad, ningún pariente. Vivía solo. Conocía

a mucha gente, pero se trataba de colegas más que de amigos. Se había ganado los ascensos hasta convertirse, cumplidos los cincuenta, en comisario de la Policía Metropolitana, cargo que lo distanciaba de sus antiguos compañeros de trabajo. Pero, a diferencia de los agentes de su mismo rango, no era un caballero. No poseía el refinamiento, la confianza, la facilidad de palabra ni la soltura que implica el no tener que preocuparse de lo que la gente piense de ti.

Sonrió para sus adentros mientras plantaba cara al azote del viento. Monk, que había sido colega suyo muchos años atrás y uno de sus pocos amigos, tampoco había nacido caballero, y aun así se las había ingeniado para, de un modo u otro, parecerlo. Eso antes le dolía, pero ya era agua pasada. Sabía que Monk también era humano y, como tal, vulnerable. Podía cometer errores. Y quizás el propio Runcorn fuese más prudente.

El último caso en el que habían trabajado juntos había sido difícil y, en última instancia, peligroso. Ahora Runcorn estaba cansado de la ciudad y le correspondían varias semanas de permiso. ¿Por qué no pasarlas en un lugar lo más diferente posible? Despejaría la mente lejos de lo conocido y predecible, daría largos paseos al aire libre y pensaría en profundidad, para variar.

El sol se empezaba a poner por el suroeste y derramaba su ardiente resplandor sobre el agua. La tierra se oscurecía al difuminarse el color, y los cabos se adentraban negros y morados en el mar. Sólo las tierras altas, con pálidas estrías como de terciopelo arrugado, seguían captando los últimos rayos de luz.

¿Cuánto duraba allí el crepúsculo invernal? ¿Acaso tardaría poco en perderse, incapaz de ver el camino de regreso al lugar donde se alojaba? Ya hacía un frío glacial. Tenía los pies entumecidos. Tras dar media vuelta, echó a caminar hacia el cielo oscuro del este. ¿En qué quería pensar? Era bueno en su trabajo, paciente, quizás un poco

pedestre. Nunca sufría arrebatos de brillante intuición, pero llegaba a donde se lo proponía. Había tenido mucho más éxito que cualquiera de los jóvenes que habían empezado con él. De hecho, su propio éxito le había sorprendido.

Pero ¿era feliz?

Estúpida pregunta, como si la felicidad se pudiera adquirir y poseer para siempre. A veces era feliz, como por ejemplo cuando un caso se cerraba y sabía que lo había hecho bien, que había hallado una verdad difícil sin dejar ningún atisbo de duda que luego lo atormentara, ninguna despiadada pregunta a medio responder.

Era feliz cuando se sentaba junto al fuego al final de una larga jornada, ponía los pies en alto y comía algo succulento, como una empanada de huevo y jamón con la corteza bien gruesa o salchichas picantes con puré de patatas. Le gustaba la buena música, incluso la clásica en ocasiones, aunque jamás lo reconocería por si la gente pensaba que se estaba dando aires. También le gustaban los perros. Un buen perro siempre le hacía sonreír. ¿Bastaba con eso?

Ahora sólo alcanzaba a ver la carretera ante sus pies. Pensó en el inmenso puente que, a sus espaldas, cruzaba el embravecido oleaje. ¿Y el hombre que lo había construido? ¿Había sido feliz? Sin duda, había creado algo de lo que maravillarse y cambiado la vida de la gente en el futuro.

Runcorn había esclarecido unos cuantos casos, pero ¿alguna vez había construido algo, o siempre utilizaba los puentes de otras personas? ¿Adónde lo llevaban sus pasos? Tan sólo a casa a acostarse. Esa noche lo haría en una pensión. Era cómoda. Dormiría bien, como de costumbre. Desde luego, estaba bien caldeada, y la señora Owen era una buena mujer, generosa por naturaleza.

* * *

La mañana siguiente amaneció cruda y fría, aunque un pálido sol se levantaba penosamente sobre el horizonte, lechoso a través de un fino velo de nubes que la señora Owen le aseguró que no tardaría en desvanecerse. La escarcha era sólo un polvillo blanco esparcido aquí y allá, suficiente para hacer que los hoyos destacaran en el prado largo e irregular que se extendía hasta el gran tejo del final.

Runcorn tomó un desayuno abundante y conversó un poco con la señora Owen, porque la cortesía exigía mostrar interés mientras ella le hablaba sobre algunos lugares y costumbres locales. Después salió de nuevo a caminar.

Esta vez enfiló cuesta arriba, ascendiendo con paso seguro hasta casi mediodía, momento en que volvió la vista hacia el cielo despejado y el mar brillante a lo lejos.

Se quedó allí un buen rato, absorto en la enormidad del paisaje, y luego fue bajando poco a poco. Estaba de regreso en las afueras de Beaumaris cuando dobló un recodo de la carretera y se encontró cara a cara con un hombre alto y delgado, de inusual elegancia incluso con un grueso abrigo de invierno y sombrero. Tenía treinta y tantos, era apuesto e iba afeitado. Ambos se detuvieron y se miraron. El hombre pestañeó vacilante, aunque le sonaba el rostro de Runcorn.

Runcorn lo identificó al instante, como si se hubiesen visto tan sólo una semana antes. Pero hacía más, mucho más. Fue por un caso de suicidio con visos de asesinato. John Barclay vivía a la sazón en una casa cuya trasera daba a las caballerizas donde habían hallado el cuerpo. Sin embargo, no era a Barclay a quien Runcorn recordaba, sino a su hermana viuda, Melisande Ewart. Incluso allí, en medio de aquel camino radiante y ventoso, Runcorn podía ver su semblante como si fuese a ella a quien tenía delante, no a su arrogante y poco servicial hermano.

–Disculpe –dijo Barclay más bien tenso, rodeando a Runcorn como si no se conocieran de nada para seguir ca-

Lle arriba alargando el paso. Pero a Runcorn no le había pasado por alto el desagrado de Barclay al reconocerlo.

¿También estaría allí Melisande? Si era así, a lo mejor la vería, aunque sólo fuera por un momento. ¿Seguiría teniendo el mismo aspecto? Su manera de sonreír y su tristeza lo habían obsesionado a lo largo del año transcurrido desde que se vieran por última vez.

Era ridículo que aún siguiera pensando en ella. Si Melisande se acordaba de él, sería como el policía resuelto a hacer su trabajo sin miedos ni favores, aunque quizá con un atisbo de gentileza. Fue su valentía, el desafío a su hermano para identificar el cadáver y subir al estrado, lo que cerró el caso. Runcorn siempre se había preguntado qué precio habría pagado después por haber contrariado a Barclay. Él nada pudo hacer para echarle una mano.

Reanudó su paseo siguiendo la curva de la carretera hasta la primera casa del pueblo. ¿También estaría allí instalada? Apuró el paso de manera inconsciente. El sol brillaba, de la escarcha no quedaban más que gotas de rocío en la hierba.

¿Cómo iba a averiguar si Melisande estaba allí sin que sus ansias trascendieran? Estaría fuera de lugar preguntar por ella como si tuvieran trato social. Él era un policía que había investigado una muerte. Verla resultaría vano y doloroso en demasía. Se reprochó aquella actitud y se dijo que era un idiota por haberlo siquiera pensado.

Se dirigió de prisa hacia su pensión, hacia la seguridad que ofrecían el comedor de la señora Owen y la animada charla de los desconocidos.

* * *

Pero Runcorn no dejó de pensar en Melisande. El tiempo se mostró un poco más benigno y, por primera vez, no heló durante la noche. Vio que más de cien pájaros picoteaban en un campo, y un granjero le dijo que eran tor-dos. Abundaba el amarillo de los tojos en flor y no falta-

ban algunas primulas. Caminó bajo el sol y el viento, en una o dos ocasiones bajo la lluvia, y al cabo de un par de días ya se había familiarizado con la costa al este y el oeste de Beaumaris, y había elegido unos cuantos rincones predilectos: hondonadas a resguardo del viento, orquídeas cuya hermosura lo dejaban sin aliento, recoletas charcas entre rocas donde encontrar las más extrañas conchas y algas.

El domingo se puso el único traje formal que había llevado consigo y acudió al oficio matutino en la iglesia más cercana al punto de la carretera donde se había tropezado con John Barclay. Era un edificio de piedra con grandes vidrieras y una campana que repicaba con viento racheado y resonaba hasta en los campos del otro lado del pueblo.

Runcorn sabía por qué acudía allí como atraído por un imán. El motivo no tenía nada que ver con el culto a Dios, pese a que entró cruzando las grandes puertas de madera tallada inclinando la cabeza, sombrero en mano, con una mezcla de reverencia y esperanza que hizo que el corazón le latiera más deprisa.

El interior de la antigua iglesia tenía el suelo de piedra y un techo muy alto cruzado por macizos arcos ojivales de madera labrada. La luz era neblinosa, y los sonidos, silenciosos. El colorido de las vidrieras iluminadas mostraba las estaciones del Vía Crucis y lo que parecía una mujer siguiendo a la figura de Cristo por la calle. Se arrodillaba para tocarle la túnica, y a Runcorn le vino a la memoria un relato bíblico sobre curación, aunque no recordó los detalles.

Los feligreses ya estaban sentados, y él buscó sitio en un banco lateral. Observó con interés, bajó la cabeza cuando Barclay pasó junto a él y la levantó de nuevo con súbita decepción al constatar que Melisande no iba con él. Aunque no había ninguna razón para que ella estuviera en aquella isla azotada por el viento con su yermo esplen-

dor, su costa agreste, sus pájaros y el rugir del mar. ¿Qué iba a hacer allí una bella mujer?

Entonces otra mujer completamente distinta, de unos veintitantos, pasó junto al extremo de su banco y prosiguió pasillo adelante. Se movía con una gracilidad excepcional, casi fluida, como si en vez de pisar el duro suelo de piedra con sus botines anduviera descalza por la hierba o la arena fina de una playa. Llevaba la cabeza erguida y, cuando se volvió, su rostro reflejó una alegría secreta, como si sólo ella supiera algo que nadie más acertaba a comprender. Iba de un verde tan oscuro que se diría casi negro, y el pelo moreno escapaba del sombrero que, ladoado con desenfado, parecía haberse puesto en el último momento sin prestarle demasiada atención. Sus ojos eran grandes y marrones como la turba. Runcorn se fijó en ese rasgo pese a que ella sólo lo miró un instante.

La recién llegada prosiguió hasta la primera fila y tomó asiento junto a una mujer mayor, de unos cincuenta años, que se volvió para saludarla con una sonrisa afectuosa.

De pronto, Runcorn reparó en el movimiento de un hombre sentado un par de bancos más adelante que se giró para mirar a la joven con una intensidad nada apropiada en una iglesia. Sus rasgos eran regulares y tenía una magnífica mata de pelo, espesa y de un tono caoba. Habría sido guapo de no ser por una tirantez de labios que le confería un aire de mezquindad. Debía de faltarle poco para cumplir los cuarenta.

Si la joven fue consciente de la atención de aquel hombre, no dio la menor señal de ello; en efecto, parecía indiferente a cualquiera de las personas que tenía en derredor a excepción del párroco, que acababa de hacer su entrada. De mediana edad, tenía un pálido rostro ascético con la frente despejada y los mismos ojos marrón oscuro de la muchacha de verde. El oficio comenzó casi de inmediato con el consabido y tranquilizador ritual. El párroco llevaba el acto con gravedad y, en cierto modo, como si fuese un

hábito al que estuviera tan acostumbrado que no le exigiera ni por asomo dedicarle plena atención. Runcorn empezó a preguntarse si habría manera de escapar antes del sermón sin que su partida resultara groseramente evidente, y llegó a la conclusión de que no. Así pues, decidió distraerse estudiando a los presentes.

El hombre de delante de Runcorn volvió a girarse para mirar a la joven. Había demasiada emoción en su rostro para creer que tan sólo la estuviera admirando. Tenía que conocerla, y tenía que haber habido algún conflicto entre ellos, al menos por parte de él.

¿Y de ella? Runcorn no podía verla porque miraba adelante, atenta al sermón que el párroco acababa de iniciar. El tema era la obediencia; una cuestión fácil para la que encontrar montones de referencias, aunque no tan simple para insuflar vida o afecto o para que pareciera pertinente en Navidad, ahora a menos de dos semanas vista. Runcorn se preguntó por qué diablos lo habría elegido el párroco, pues resultaba singularmente inadecuado. No obstante, reflexionó Runcorn, él no conocía a los feligreses. Tal vez allí había toda clase de pasiones desbocadas que la obediencia mantendría a raya. Quizás el párroco fuese un buen pastor que hacía lo posible por conducir ovejas descarnadas a pastos seguros.

Barclay también miraba a la joven de verde y, por un momento, su rostro reflejó un ansia inequívoca. Runcorn casi se avergonzó de haberla visto. ¿Dos hombres cortejando a la misma mujer? Bueno, eso debía de ocurrir en todos los pueblos de Inglaterra.

No había prestado atención al oficio. No tenía ni idea de qué se disponía a hacer el coadjutor ahora que se había levantado; sólo reparó en que su rostro era radicalmente distinto del semblante del párroco. Mientras el de más edad era estudioso y disciplinado, este hombre parecía voluble y soñador. Aunque con veinte años recién cumplidos, había una aguda inteligencia en él. Miró a la

joven y sonrió. Acto seguido, como si le hubiesen pillado en un renuncio, apartó la vista. Ella se volvió un poco y Runcorn acertó a ver, pese al breve instante en que mostró su perfil, que correspondía a la sonrisa, no con nostalgia, como una amante, sino con viveza y alegría, como una amiga.

Runcorn jamás sabría qué maraña de sentimientos vinculaba a aquellas personas. Había acudido a la iglesia porque pensaba que Barclay estaría allí y, aunque pareciera absurdo, quizá tendría ocasión de ver a Melisande. Le gustaría pensar que era feliz, fuera lo que fuese lo que la había entristecido en Londres. La idea de que siguiera enfrentada a alguna clase de padecimiento le pesó tanto que sintió una opresión en el pecho, como si una correa le impidiera llenar los pulmones de aire. ¿Dónde estaba Melisande? No podía preguntar a Barclay si su hermana estaba bien. Además, cualquier respuesta que éste le diera tan sólo sería una mera formalidad. Los de su clase no hablaban de salud ni de felicidad con mercachifles, y había dejado perfectamente claro que, para él, Runcorn y los demás policías venían a ser los basureros de la sociedad. Con esas mismas palabras lo había expresado.

Los feligreses se levantaron de nuevo para entonar otro cántico. El organista era bueno y la música desgranaba una potente y alegre melodía. A Runcorn le gustaba cantar, tenía una voz sonora y se le daba bien seguir una tonada.

Fue cuando se disponía a tomar asiento otra vez, un momento o dos después que los fieles que tenía a su izquierda, cuando vio a Melisande. Estaba lejos de Barclay, pero no cabía duda de que era ella. Runcorn jamás olvidaría su rostro, la delicadeza que encerraba, los ojos claros, la alegría y la pena tan a flor de piel.

Ella lo miró con súbito y gran asombro. Sonrió y, acto seguido, la timidez le hizo apartar la vista.

A Runcorn le dio un vuelco el corazón, la iglesia pareció dar vueltas a su alrededor, y se sentó en el banco tan pesadamente que la mujer que tenía delante se volvió para fulminarlo con la mirada.

¡Melisande estaba allí! ¡Y se acordaba de él! Aquella simple sonrisa era mucho más que el mero saludo a un desconocido sorprendido observándola. Era algo más que cortesía, había transmitido un afecto que Runcorn sentía arder en su fuero interno.

El resto del oficio transcurrió para él como un rumor de sonidos borrosos, hermoso y sin sentido como la mancha de colores que el sol pintaba al atravesar las vidrieras.

Después aguardó bajo la resplandeciente quietud invernal mientras los feligreses salían del templo, estrechaban la mano al párroco y pululaban intercambiando saludos y cotilleos.

Alguien reparó en el forastero y lo invitó a que se presentara. Runcorn fue a su encuentro, sin pensar qué decir, y se encontró dando la mano al párroco, el reverendo Arthur Costain, diciendo su nombre pero no así su rango en la policía.

–Bienvenido a Anglesey, señor Runcorn –dijo Costain, sonriendo–. ¿Pasaré con nosotros estas Navidades o tal vez se queda más tiempo?

En ese preciso instante Runcorn tomó su decisión. Melisande y Barclay ya sabían su profesión, pero no se lo diría a nadie más. No era que lo avergonzara, pero muchas personas se incomodaban al saber que era policía y se defendían haciéndole el vacío.

–Me quedará todo el tiempo que pueda –contestó–, por lo menos hasta Año Nuevo.

Costain se mostró complacido.

–Estupendo. Así quizá tenga usted ocasión de hacernos una visita. Mi esposa y yo estaríamos encantados de conocerlo mejor.

Indicó a la mujer que tenía al lado, la que se había vuelto para recibir a la joven durante el oficio. Viéndola de cerca, resultaba más interesante de lo que Runcorn había supuesto desde varias filas atrás. No era tan guapa como su joven acompañante, pero su semblante transmitía una fortaleza fuera de lo común, rebosante de humor y paciencia. A Runcorn le cayó bien al instante y aceptó la invitación, y sólo entonces se dio cuenta de que el ofrecimiento del párroco había sido una mera cortesía. Runcorn se sonrojó por su torpeza.

La señora Costain salvó la situación.

—Perdone a mi esposo, señor Runcorn. Siempre anda a la caza de nuevos feligreses. No vamos a insistirle para que se quede más tiempo del que usted quiera, se lo aseguro. ¿Es su primera visita a la isla?

Runcorn reconoció su amabilidad con sorpresa. Como miembro de la policía, no estaba acostumbrado a tal grado de aceptación por parte de alguien de su clase social. Había perdido de vista a Melisande entre la multitud; pero tenía muy claro dónde se hallaba Barclay, a tan sólo unos metros, mirándolo con desagrado. ¿Cuánto tardaría en decirle a la señora Costain que Runcorn era policía?

Sin embargo, en realidad Barclay no estaba vigilando a Runcorn, sino que miraba fijamente a la joven de verde; clavaba los ojos en su semblante con tanta insistencia que Runcorn supo que ella se daba cuenta y quizá se sintiera incómoda. Había en Barclay una inquietante emoción que parecía una mezcla de anhelo y de ira, y cuando el hombre de pelo caoba que también la había estado observando se acercó con expresión tensa y amarga, por un instante la tirantez entre ella y Barclay resultó tan palpable que los demás se incomodaron momentáneamente a su vez.

—Buenas, Newbridge —saludó Barclay, cortante.

—Buenas, Barclay —replicó Newbridge—. Un tiempo estupendo.

Los demás guardaron silencio.

–Dudo que vaya a durar mucho –respondió Barclay.

–¿Cree que tendremos unas blancas Navidades? –intervino enseguida el reverendo Costain–. Falta poco más de una semana. Sería bonito para nuestra fiesta.

Barclay enarcó las cejas.

–¿Blancas? –dijo con sarcasmo, como si la palabra encerrara una docena de otros significados más cáusticos–. Me extrañaría.

La muchacha de verde le lanzó una mirada irónica y, acto seguido, se estremeció; encorvó los hombros como si tuviera frío a pesar de que iba bien abrigada y no soplaba ni pizca de viento.

–¿Olivia? –dijo Costain con inquietud, como para distraerla–. Ven a conocer a nuestra visita, el señor Runcorn. Señor Runcorn, mi hermana, la señorita Olivia Costain.

–No te metas –dijo su esposa en voz baja. Si Runcorn no hubiese estado tan cerca no la habría oído.

El párroco estaba visiblemente desconcertado. Miró a Barclay y a Olivia, y era evidente que no sabía cómo calificar el significado profundo de lo que daban por sobreentendido. El intento de presentarlos se perdió en la tensión que reinaba entre ambos.

Barclay asintió secamente y fue al encuentro de Melisande, que le aguardaba en el sendero junto a la entrada techada al cementerio contiguo a la iglesia. Runcorn observó cómo se alejaba y después sus ojos se cruzaron un instante con los de Melisande, dejándolo ajeno a todos los demás. Newbridge pasó rozándolo y rompió la magia del momento. Se acercó a Olivia y le dijo algo. Ella contestó serena y desenvuelta. Sus palabras eran corteses, su rostro, casi inexpresivo. Luego dio media vuelta y se marchó. En ese instante, Runcorn tuvo la certeza de que a la joven no le gustaba Newbridge.

Dio las gracias a la señora Costain por su amabilidad, miró brevemente a los demás en señal de reconocimiento y se excusó. Recorrió el cementerio entre lápidas, ángeles